

la conducta de un discurso ú oracion en general.

Sea la que fuere la materia, sobre que piense hablar cualquiera, debe comenzar por lo comun preparando por alguna introduccion los ánimos de los oyentes: ha de establecer el asunto y explicar los hechos: se ha de valer de pruebas para fundar su opinion, y destruir la del contrario: se ha de esforzar, si el asunto lo permite, á mover las pasiones: y ha de cerrar el discurso con alguna peroracion.

Siendo este el curso regular de la elocuencia, las partes de un discurso completo son seis: 1.<sup>a</sup> exórdio, ó introduccion: 2.<sup>a</sup> proposicion y division: 3.<sup>a</sup> narracion ó esposicion: 4.<sup>a</sup> pruebas: 5.<sup>a</sup> la parte patética: 6.<sup>a</sup> conclusion. Ni en todo discurso ha de haber por precision estas seis partes; ni han de entrar todas por este orden. En algunos seria un defecto darles esta formalidad; que tiene aire de afectacion. Hay muchos, en que el orador no usa, por ejemplo de exórdio: y entra directamente en la materia: y no teniendo ocasion de dividir, ó necesidad de esponer, acaba racionando por uno ú otro lado de la causa. Pero como en todo discurso se han de hallar algunas, y en varios pueden hallarse todas, es forzoso tratar de cada una con separacion.

## CAPITULO XIII.

*Exórdio.*

CUANDO uno aconseja á otro; cuando trata de instruir ó de reprobear; es natural, que por prudencia pase á hacerlo, no de golpe, sino con alguna preparacion, inclinando á los oyentes á que piensen favorablemente de lo que va á decir; y disponiéndolos á que favorezcan el intento que se propone. Esto quiere decir, que según los fines que inculcan Ciceron y Quintiliano, el orador debe proponerse *reddere auditores benevolos, attentos, dóciles*. Toda introduccion se debe proponer todos ó algunos de estos fines. Pero cuando de antemano estamos seguros de la buena voluntad, atencion y docilidad de los oyentes; pueden omitirse sin perjuicio las introducciones formales á no ser que el respeto debido al auditorio exija comenzar por el exórdio breve. Los de Demóstenes son siempre cortos y sencillos; los de Ciceron, llenos y artificiosos.

Los antiguos distinguieron dos suertes de exórdios, llamados principio é insinuacion. Es principio, cuando el orador espone sencilla y directamente el fin, que lleva: es insinuacion, cuando toma algun rodeo; porque presumiendo que la disposicion del auditorio no le sea muy favorable, va poco á poco preparándolo á que lo oiga, antes de descubrir su intento claramente. De este último se vale Ciceron en la oracion segunda contra Rulo: porque acababa de ser nom-

bradó consul por los intereses del pueblo ; y su primer empeño era hacerle desechar la ley agraria propuesta por el tribuno Rulo ; ley siempre recibida con ansia por el pueblo.

Como siempre importa mucho empezar bien para hacer impresion favorable en los oyentes ; y como es bastante difícil una buena introduccion ; paso á establecer ciertas reglas para componerla. 1.º Ha de ser fácil y natural ; y que parezca, como dice Ciceron con tanta gracia, *effloruisse penitus ex re, de qua tunc agitur*. Es defecto tomarlas de lugares comunes, que no tienen relacion especial con la materia : porque vienen á quedar separadas, como piezas sueltas del discurso. De esta clase son las introducciones de Salustio á sus guerras Catilina y Jugurtina, que cuadran á una historia lo mismo que á cualquiera otro tratado. Ciceron, por tener preparada con tiempo una coleccion de introducciones, usó dos veces de una misma sin repararlo : hasta que se lo avisó su amigo Atico. Para evitar esto, y para no verse precisado el orador á acomodar el discurso á la introduccion ; conviene observar lo que el mismo Ciceron establece: *Omnibus rebus consideratis, tunc denique id quod primum est dicendum, postremum soleo cogitare quo utar, exordio. Nam si quando id primum invenire volui, nullum mihi occurrit, nisi aut exile, aut negatorium, aut vulgare*. 2.º Las espresiones han de ser correctas. Lo pide el estado de los oyentes, mas dispuestos entónces que nunca á criticar, y el fin de prepararlos en favor del orador. Pero esta natura-

lidad correcta y sencillez elegante han de ser tales, que, como dice Quintiliano, *videamur accurate non callide dicere* 3.º Ha de ser modesta. Si el orador rompe con un airé de arrogancia, ofende el amor propio y el orgullo de los oyentes. La modestia debe manifestarse en las espresiones, en las miradas, en los gestos, y en el tono de la voz : pero ha de ir acompañada de cierta dignidad, nacida del conocimiento de la justicia, ó de la importancia del asunto. A veces el orador puede, no obstante, tomar desde el principio un tono elevado ; como cuando se presenta á defender una causa que ha sido muy censurada del público ; porque una entrada humilde parecería una confesion del delito. Pero si se toma este tono, ó se hace una introduccion magnífica, por exigirlo la materia ; se ha de procurar sostener en todo el discurso. 4.º Se ha de conducir de una manera tranquila. En ella tienen pocas veces lugar la vehemencia y las pasiones. Estas se han de escitar, segun va adelantando el discurso. Es escepcion de regla, cuando basta mentar el asunto para conmover á los oyentes ; ó cuando la presencia imprevista de una persona ú objeto, en una junta pública, inflama al orador, y le hace romper con un calor extraordinario. En cualquiera de estos casos viene bien el exórdio llamado *ex abrupto* ; como el de Ciceron en la primera contra Catilina. 5.º No se ha de anticipar en la introduccion parte alguna principal de la materia ; porque al esponerla, ó probarla, perderia su gracia y su novedad. 6.º Debe ser proporcionada en duracion y

género al discurso que la sigue : porque es un absurdo erigir un pórtico suntuoso delante de un edificio reducido ; recargar con adornos magníficos el portal de una casa ordinaria ; ó hacer la entrada de un mausoleo tan alegre como la de un jardín.

En las oraciones del foro y de las juntas populares se ha de cuidar , además , de no valerse de una introduccion , de la cual pueda aprovecharse la parte contraria ; y en las réplicas hay tambien que notar la gracia que tienen , cuando se toman de lo dicho en los debates. La razon queda Quintiliano es esacta y manifiesta : *multum gratiæ exordio est, quod ab actione adversæ partis materiam trahit; nec ipso quod non compositum domi, sed ibi atque e renatum, et facilitate famam ingenii auget; et facie simplicis, sumptique e proximo sermonis fidem quoque acquirit; adeo ut etiam si reliqua scripta atque elaborata sint, tamen videatur tota extemporatis oratio, cujus initium nihil præparatum habuisse, manifestum est.* Esto no puede hacerse en los sermones. Véase la leccion xxvii.

#### CAPITULO XIV.

##### Proposicion y division.

**A**CERCA de la proposicion, ó enunciacion de la materia, solo hay que observar, que ha de ser la mas clara que se pueda , y hacerse en pocas palabras y sin la menor afectacion.

Sobre la division es necesario hacer algu-

nas observaciones. Hay muchas ocasiones , en que ni se requiere ni conviene una division formal , ó distribucion del asunto en partes : como cuando ha de ser breve el discurso ó se ha de tratar un punto solo ; ó no acomoda advertir al auditorio el método que se ha de seguir , ó el fin á que se le piensa llevar. Llámase division , cuando el plan ó método se propone en forma á los oyentes ; y en ningun discurso viene tambien esta como en un sermon. Lo que contra ella dice Fenelon se puede ver en la *leccion xxvii.* Los puntos de un sermon sirven de mucho auxilio á la memoria , y recapitacion del oyente , dan á este pausas y descansos para reflexionar sobre lo que se le ha dicho , y discurrir lo que ha de seguir : y teniendo además la ventaja de que el auditorio conozca de antemano , cuando descansará de la fatiga de atender , hacen que siga al orador con mas paciencia. *Resicit audientem,* dice Quintiliano, *certo singularium partium fine; non aliter quam facientibus iter multum detrahunt fatigationis notata spatia in scriptis lapidibus: nam et exhausti laboris nosse mensuram voluptati est; et hortatur ad reliqua fortius exequenda scire quandum supersit.*

En cualquier discurso, en que convenga usar de division , las reglas mas esenciales son : 1.º que las partes sean realmente distintas unas de otras. Si se propusiese no tratar primero de las escelencias de la virtud , y despues de las de la justicia ó la templanza , comprendiendo evidentemente el primer punto al segundo , como el género á

su especie, no haria mas que dar al asunto nueva confusion y desórden. 2.º Se ha de seguir el órden de la naturaleza, comenzando por los puntos mas sencillos, y pasando despues á los fundados en ellos, y que piden su conocimiento: y se ha de dividir la materia en las partes, en que naturalmente se resuelve: *dividere* como suele decirse, *non frangere*. 3.º Los diferentes miembros han de abrazar toda la materia: porque de otra suerte la division no seria completa. 4.º Los términos con que se espese han de ser concisos, en las palabras mas claras, mas espresivas, y las ménos posibles: porque así se conservan los puntos mas fácilmente en la memoria. 6.º Se ha de evitar una multiplicacion de capitulos no necesaria: pues partir la materia en infinitas subdivisiones podrá venir bien en un tratado filosófico; pero hace duro el discurso oratorio, fatigando sin necesidad la memoria. En un sermon podrá estenderse la division á cinco ó seis puntos, incluidas las subdivisiones si fueren necesarias. *Véase la leccion ya citada.*

## CAPITULO XV.

*Narracion y esplicacion.*

Pongo juntas estas dos partes; porque las comprenden unas mismas reglas; y sirven comunmente al mismo intento de ilustrar la causa ó hacer una tentativa para interesar las pasiones de los oyentes.

En el foro es la narracion una parte muy

esencial, y muy difícil. Es menester que el abogado no diga cesa que no sea verdadera; y que no se le escape especie alguna que dañe á la causa. Referir los hechos de manera que no falte á la verdad, y presentarlos no obstante con los colores mas favorables, presentar en un punto de vista fuerte, claro, y notable, toda circunstancia ventajosa, y obscurecer las que le dañan, requiere no poca sabiduria y maña. Si descubre en esto mucho artificio, hará desconfiar de su sinceridad; como Quintiliano observa con razon: *Effugienda in hac precipue parte omnis calliditatis suspicio: neque enim se usquam magis custodit iudex, quam cum narrat orator: nihil tunc videatur fictum, nihil sollicitum; omnia potius á causa quam ab oratore profecta videantur.*

Ser claro, probable y conciso son las calidades que exige principalmente la narracion: y cada una de ellas lleva consigo la evidencia de su importancia. Si la narracion es improbable, el juez no hace caso de ella: y si es difusa, se cansa pronto, ó la olvida. Para hacerla probable, conviene ponernos en el lugar de las personas de que hablamos; y hacer ver, que sus acciones procedieron de motivos naturales y fidedignos. Despojándola de toda circunstancia superflua se hará mas clara y vigorosa. Ciceron se distingue sobremanera por su talento de la narracion: y sus oraciones pueden servir de ejemplo en esta parte. *Véase el mérito de la que hizo en su oracion por Milon en la leccion xxvii.*

En los sermones la esplicacion de la materia hace veces de la narracion en el foro : y debiendo modelarse por el mismo tono, ha de ser concisa, clara, y distinta; y en estilo correcto y elegante, pero no muy adornado. El mejor medio para esto es meditar profundamente la materia, hasta que podamos presentarla en un punto de vista claro y fuerte.

## CAPITULO XVI.

*Parte argumentativa.*

Las razones y pruebas, como varias veces he inculcado, son el fundamento de toda elocuencia robusta y persuasiva.

Tres cosas son necesarias en las pruebas : su invencion ; su disposicion ; y su espresion en estilo y manera que las den toda su fuerza. En cuanto á la invencion no puede el arte dar auxilio alguno. Lo único, que este puede hacer, es ayudar al orador á disponer las que ha descubierto con el conocimiento de la causa. Sin embargo, los retóricos antiguos se empeñaron en hacer de la retórica un sistema completo ; enseñando á los oradores públicos, de donde habian de tomar las pruebas para cada asunto. De aqui vino su doctrina acerca de los *tópicos*, ó lugares comunes, y las basas de los argumentos ; que hacen tanta figura en los escritos de Aristóteles, de Ciceron, y de Quintiliano ; invenciones todas de los sofistas griegos, que manifestaron una sutileza y fertilidad prodigiosas en estos lugares ; sin hacerse cargo

de que lo verdaderamente sólido y persuasivo se ha de sacar *ex visceribus cause*, del conocimiento intimo de la materia, y de su meditacion profunda.

En la conducta de los racionios pueden usar los oradores de dos métodos ; el analítico, y el sintético. El analítico es, cuando el orador encubre su intencion tocante al punto que va á probar ; hasta que por grados ha conducido á los oyentes á la conclusion que deseaba. Este método es casi el mismo que el socrático ; por el cual aquel gran filósofo hizo callar á los sofistas de su tiempo : y es un método muy artificioso, susceptible de gran belleza ; y bueno para usarse, cuando prevenido el auditorio contra alguna verdad se le quiere convencer de ella imperceptiblemente.

Pero el método usado mas generalmente, y el mas conforme á la elocucion popular es el sintético ; cuando claramente se denota el punto que se ha de probar ; y se van cargando las pruebas una sobre otra hasta convencer al auditorio.

En todo alegato debe ponerse el orador en el lugar del oyente ; y reflexionar que impresion le harian las pruebas que quiere emplear para persuadir á otros. Escogidas bien las pruebas, su fuerza depende en parte de que no se embaracen unas á otras ; sino que se den un auxilio mutuo, y vayan encaminadas á un fin. Para esto pueden darse las reglas siguientes.

1.º No se mezclen confusamente unas con otras, pruebas que son de distinta naturaleza. Todas se dirigen á probar una de estas

tres cosas; que alguna cosa es verdadera, moralmente recta y conveniente, ó provechosa y buena: es decir que las tres grandes materias de discusion entre los hombres son verdad, obligacion, ó interes. Las pruebas de cada una de estas son genéricamente distintas: y el que las confunda bajo de un *tópico*, hará confusa y nada elegante la oracion. 2.º El discurso ha de ir abanzando por una especie de climax ó gradacion: *ut augetur semper, et increseat oratio*. No hay peligro en comenzar por las pruebas menos robustas; cuando se tiene seguridad de hacer una impresion completa en los oyentes, por tenerlos ya preparados. Pero si el orador tiene poca confianza en la causa; conviene que ponga al frente la prueba principal para ganar desde luego á los oyentes. Cuando entre muchas hay una, ó dos, no tan concluyentes como las demas, pero sin embargo buenas; aconseja Ciceron que se pongan en medio, por ser un parage no tan visible como el principio ó el fin. 3.º Cuando son fuertes y convincentes harán mejor efecto, cuanto mas separadas esten unas de otras; porque se puede presentar cada una en toda su estension, amplificarla, é insistir en ella. Pero si son dudosas, será mejor amontonarlas y entreverarlas; *ut quæ sunt natura imbecilla, como dice Quintiliano, mutuo auxilio sustineantur*. De la amplificacion de una prueba tenemos un bello ejemplo en Ciceron, en su defensa de Milon, tomada de la circunstancia del tiempo. *Quo tempore, dice, scio enim quam timida sit ambitio, quantaque et quam sollicita cu-*

*piditas consulatus, omnia non modo que reprehendi palam, sed etiam quæ obscure cogitari possunt, timemus; rumorem, fabulam fictam et falsam perhorrescimus: ora omnium atque oculos intuemur. Nihil enim es tam tenerum, tam aut fragile, aut flexibile, quam voluntas erga nos sensusque civium; qui non modo improbitati candidatorum, sed etiam in recte factis sæpe irascuntur.* De todo esto infiere con razon: *Hunc diem igitur tan speratum, atque exoptatum sibi proponens Milo, cruentis manibus scelus atque facinus præ se ferens: ad illa centuriarum auspicia veniebat? Quam hoc in illo minime credibile!* 4.º No se han de estender mucho las pruebas, ni multiplicar en demasia. La multiplicacion no necesaria confunde la memoria; y disminuye el conocimiento que harian pocas bien escogidas: y la estencion fuera de los limites de una ilustracion regular tiene siempre poca fuerza, y enerva el *vis et acumen*, que debe ser el carácter distintivo de la parte argumentativa. Véase la leccion xxviii.

Sobre la espresion de las pruebas en el estilo conveniente, y su recitacion en la manera que las dé toda su fuerza; remito al lector á lo dicho tratando del estilo, y á lo que diré al tratar de la pronunciacion y recitacion.

## CAPITULO XVII.

*Parte patética, peroracion.*

EN la parte patética es donde reina la elocuencia, y ostenta todo su poder. En investigaciones de pura verdad, en materias de mera instruccion, y doctrinales, nada tienen que ver las pasiones. Pero si se trata de persuadir, es preciso dirigirse mas ó ménos á ellas, por la razon bien obvia de que son el gran principio de las acciones humanas.

El mismo estudio pusieron los antiguos al tratar de esta parte, que el que emplearon tratando de la argumentativa. En particular Aristóteles, en su tratado de retórica, trata de la naturaleza de las pasiones con muchísima profundidad y delicadeza: y lo que escribió acerca de ellas puede leerse con fruto, y como un trozo precioso de filosofía moral: pero dudo de que pueda servir de modo alguno para hacer mas patético al orador. De este talento somos deudores á la naturaleza, y á cierta sensibilidad de ánimo fuerte y afortunada; tanto que un orador puede estar muy impuesto en los conocimientos especulativos de las pasiones, y ser con todo frio y árido.

Pero aunque las reglas de la oratoria no pueden suplir la falta del genio; pueden ayudarlo á que se produzca con ventajas; y á prevenirle de los errores y extravagancias, de que á veces se deja llevar. Para esto pueden ser útiles las reglas siguientes:

1.<sup>a</sup> Se ha de considerar atentamente, si el asunto admite el patético, y en que parte. Esto es obra del buen sentido; y en general solo se puede decir, que para inspirar una pasion duradera, se ha de ganar de antemano al entendimiento. 2.<sup>a</sup> No se ha de hacer un capitulo aparte para escitar la pasion; ni se ha de prevenir á los oyentes, de que se va á hacer tal cosa; porque los oyentes se ponen inmediatamente sobre sí, y mas bien se disponen á criticar que á dejarse mover. Lo mas acertado es tocarla indirectamente, aprovechando el momento favorable en cualquiera parte del discurso, manifestando circunstancias tales, y presentando las imágenes con tal vehemencia, que enciendan á los oyentes, sin que lo echen de ver. 3.<sup>a</sup> Es diferente hacer ver á los oyentes que se deben conmovér, que conmovérlos efectivamente. Para lograr esto último se ha de pintar de la manera mas natural y mas fuerte el objeto de la pasion que deseamos escitar; y se ha de describir con unas circunstancias, que sean capaces de despertar el ánimo de los oyentes. 4.<sup>a</sup> Para conmovér á otros lo mas eficaz es conmovernos nosotros mismos:

*Ut ridentibus arrident,  
Sic flentibus adflent humani vultus.*

Hor.

Las conmociones internas del orador dan nueva ternura á sus palabras, á sus miradas, á sus gestos, á su manera toda; la cual ejerce un poder casi irresistible sobre los que le escuchan. *Quid enim aliud est*

causa, dice Quintiliano, *ut lugentes utique in recenti dolore dissertissime quaedam exclamare videantur, et ita in indoctis quoque eloquentiam faciat, quam quod illis inest vis mentis, et veritas ipsa morum? Quare in iis, quæ verisimilia esse volumus, simus ipsi similes eorum qui vere patiuntur affectibus; et a tati animo profisciscatur oratio, qualem facere iudicem vult. . . . Afficiamur, antequam afficere conemur. Véase lo que dice en la lección xxviii. acerca del metodo, de que se valia Quintiliano, para penetrarse de los sentimientos y escitarlos. 5.º Se ha de atender al lenguaje propio de las pasiones. El que está dominado de una pasión verdadera y vehemente, usa de un lenguaje sencillo y sin afectación; que podrá estar animado de figuras fuertes y valientes; pero no tendrá ornato ni sutilezas. En las descripciones no será acertado, sino lo que se escriba *fervente cántamo*. Hay mucha diferencia entre pintar á la imaginación, y pintar al corazón. Aquello puede hacerse con serenidad: esto ha de ser siempre rápido y ardiente. En lo primero es disimulable que aparezca algo el arte: lo segundo no hace efecto, si no es obra de sola la naturaleza. 6.º No se ha de mezclar cosa estraña á la parte patética del discurso, ni ornato por brillante y pomposo que sea: pues divertiría el ánimo, y entretendría á la imaginación, en lugar de tocar el corazón. 7.º Jamás se ha de insistir mucho en lo patético. Las conmociones ardientes son demasiado violentas: y no pueden durar mucho. Num-*

quam debet esse longa miseratio, dice Quintiliano. Nam cum veros doctores mitiget tempus, citius evanescat necesse est illa, quam dicendo effingimus imago; in qua, si moramur, lacrymis fatigatur auditor et requiescit; et ab illo quem ceperat impetu in rationem redit. Non patiamur igitur frigescere hoc opus; et affectum, cum ad summum perduxerimus, relinquamus: nec speremus fore ut aliena mala quisquam diu ploret. Un ejemplo de lo patético, que puede servir para ilustrar estas reglas, y en especial la última, es el de la última oración de Ciceron contra Verres, describiendo las crueldades á que se propasó este, cuando era gobernador de Sicilia, contra un tal Gavio ciudadano romano. Véase la lección citada.

No hay mucho que decir acerca de la peroración, ó conclusion. Fuerza es que esta varie segun el tono del discurso que la precede. A veces viene bien en ella toda la parte patética: y la gran regla de una conclusion es poner lo último aquello, en que segun nuestra elección ha de consistir la fuerza de la causa. En los sermones la conclusion regular son las ilaciones, de lo que se ha dicho, hechas naturalmente, y conformes con el sentimiento que reina en todo el discurso. Véase tambien en la misma lección, como concluye su oración fúnebre del gran Condé Bossuet, el mas elocuente orador de los franceses, y acaso de todos los modernos.